



El dulce vicio de escribir



La siguiente es una carta que el indio Seattle, jefe de la Tribu Dewamish hizo llegar en 1819 al Presidente de los Estados Unidos, James Monroe en respuesta al propósito del gobierno norteamericano de comprar las tierras donde la tribu habitaba.

Jefe Indio al Presidente de los Estados Unidos

El presidente en Washington dice que quiere comprar nuestra tierra, pero ¿cómo se puede comprar o vender el cielo, o la tierra? ¿Cómo se puede comprar? La idea me resultó extraña. Si no somos los dueños de la frescura del aire o del ruido de las aguas... ¿cómo se puede comprar?

Para mi pueblo cada parte de estas tierras es sagrada, cada brillante aguja de pino, cada costa arenosa, cada niebla en el bosque oscuro, cada arroyo, cada insecto que zumba. Todo eso es sagrado en la memoria de mi pueblo, en la experiencia de mi pueblo.

Conocemos la savia que corre por los árboles como conocemos la sangre que corre por nuestras venas. Somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros. Las flores perfumada son hermanas nuestras. El oso, la gran águila, son hermanos nuestros: las rocas, las hierbas del prado, el calor en el cuerpo del caballo, de hombre, todo pertenece a la misma familia. El agua resplandeciente que correr en arroyos y ríos no es sólo agua, también es sangre de mis antepasados. Si les vendemos la tierra, nuestra tierra, tienen que recordar que es sagrada. Cada reflejo fantasmal de las aguas claras de los lagos habla de hechos y de recuerdos. En la vida de mi pueblo, el murmullo del agua es la voz del padre, del padre de mi padre.

Los ríos son hermanos nuestros, sacian nuestra sed, transportan las canoas y alimentan a nuestros hijos. De modo que les tienen que dar a los ríos el cariño que le darían a un hermano.

Si les vendemos nuestra tierra tienen que recordar que el aire es precioso para nosotros, que el aire comparte el espíritu todo, con toda la vida que nutre. Si les vendemos nuestra tierra, tienen que consagrarla como un lugar en donde el hombre puede ir a saborear el viento endulzado por las flores del prado.

¿Les enseñarán a sus hijos lo que nosotros les enseñamos a los nuestros? ¿Les enseñarán que la tierra es nuestra madre? Lo que a ella le sucede le sucede a todos los hijos de la tierra; estos lo sabemos, la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra.

Todas las cosas están conectadas, como la sangre que nos une a todos. El hombre no tejió la trama de la vida. Es apenas en ella una hebra, todo lo que haga a la trama se lo hace a sí mismo.

Esto también lo sabemos: nuestro Dios es el de ustedes. La tierra es preciosa a sus ojos y dañarla es dañar a quien la ha creado.

El destino de ustedes es un misterio para nosotros, porque ¿qué pasará cuando todos los búfalos hayan sido exterminados? ¿Y cuando estén domados todos los caballos? ¿Qué pasará cuando los rincones secretos de la selva y la visión de las montañas sean interrumpidos por los cables que hablan? ¿Dónde estará el matorral? ¿Y dónde el águila? ¿Qué significa decirle adiós al caballo rápido? Esto, lo sabemos, es el fin de la vida y el comienzo de la supervivencia.

Cuando el último hombre rojo se haya desvanecido junto con su territorio, y su recuerdo sea sólo la sombra de una nube pasando junto a la pradera, ¿seguirán aquí estas costas y estos bosques? ¿Quedará algo del espíritu de mi pueblo?

Amamos a esta tierra como un recién nacido amó el latido del corazón de su madre. Si se quedan con nuestra tierra tienen que amarla como nosotros la hemos amado y cuidarla como la hemos cuidados. Guarden el recuerdo de la tierra tal como esté cuando la reciban. Preserven la tierra para todos los niños y ámenla como dice Dios que tenemos que amarnos. Esta tierra es preciosa para nosotros.

Y esto sabemos: sólo hay un Dios. Ningún hombre, blanco o negro, puede apartarse o permanecer indiferente. Después de todo, somos hermanos.